

LA VUELTA AL MUNDO EN CUATRO ANIMALES

Liliana Arias Salgado

ORIGAMIS DE **Alexánder Rodríguez**

ILUSTRADOS POR **Karen Gordillo**

© 2019, Liliana Arias
© 2019, Karen Gordillo,
por las ilustraciones de portada e interiores
© 2019, Alexander Rodríguez,
por los origamis de interiores

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Colombiana, S.A., 2019
www.planetadelibros.com.co
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Primera edición impresa en Colombia: septiembre de 2019
Segunda edición impresa en Colombia: enero 2020
Tercera edición impresa en Colombia: marzo de 2020

ISBN 13: 978-958-42-8120-3

ISBN 10: 958-42-8120-8

Impreso por Editorial Bolívar Impresores S. A. S.
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida ni por ningún
medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del edito

LA VUELTA AL MUNDO EN CUATRO ANIMALES

Liliana Arias Salgado

ORIGAMIS DE **Alexánder Rodríguez**

ILUSTRADOS POR **Karen Gordillo**

*Con amor para mi territorio preferido, mi familia, y
para todos los seres de este planeta que se mueven,
viajan y migran siguiendo la corriente
transformadora de la vida.*

EL VIAJE DE ZOE

Cuenta la leyenda que Magnetita era un ave guardiana a la que se la había asignado la misión de servir como brújula a las aves mortales que habitaban el planeta. Ella era quien orientaba en las noches a los pájaros que cazaban a tientas en los bosques y también a las que se levantaban muy temprano a buscar qué comer cerca de las granjas.

Cuando un ave inexperta perdía el rumbo en medio de su vuelo, Magnetita era la encargada de guiar sus sentidos para que retomara el camino a casa. Pero también esta ave espiritual permanecía alerta para acompañar a los pájaros migratorios que volaban sin límite largas trayectorias interoceánicas.

Su labor era tan intensa que, a veces, en medio de su trabajo, sufría pequeños

descuidos. Y se equivocaba de tanto en tanto: terminaba enviando un pato silvestre a una bandada diferente o permitía que algunos gorriones se tropezaran contra su reflejo en el reluciente cristal de una ventana.

Así era ella, un tanto descuidada con las aves en libertad. Sin embargo, sus olvidos los compensaba cuando dotaba de sueños a las que permanecían en las jaulas de los aviarios de los zoológicos o como mascotas de compañía de algún humano solitario. Magnetita se ocupaba de que cada noche estas aves pudieran soñar con largas jornadas de vuelo y les transmitía la imaginación para que sintieran que sus alas por fin se erizaban al rozar el aire y sus ojos descubrieran nuevos parajes en los que se embriagaban de niebla y bruma.

Un día, en uno de sus pequeños descuidos, Magnetita se olvidó de darle guía a Zoe, un pequeño periquito que vivía aferrado a su árbol de naranjo en un lugar cálido, cerca

del mar. De un momento a otro, el pajarito multicolor terminó dando vueltas por una solitaria playa sin saber hacia dónde ir.

Voló a intervalos, con una angustia que sobrecogía a su corazón tras no poder reconocer el paisaje ni entender cómo volver a su hogar. No vio las hojas del árbol que hasta entonces era su morada, ni sintió el aire que habitualmente lo acariciaba al final de la tarde. Tampoco vio el sendero ni las migas de pan que a veces los vecinos humanos le dejaban como premio por sus canturreos. Había perdido todo sentido de orientación.

Tan solo vio el azul firmamento del mar y el cielo unidos, y un terreno despejado, sin bordes ni ramas donde posar sus patas. Se paró en la irregular superficie de la playa y chilló de impotencia y soledad. El viento amenazaba con llevárselo lejos.

A unos cuantos metros vio una bandada de aves inquietas que se agolpaban para hacerle

contrapeso al fuerte viento. Era gracioso ver el escuadrón de picos y patas rojas que se balanceaban al vaivén del aire. Zoe se fijó también en las plumas grises y blancas que nada tenían que ver con su vivo color de perico y decidió acercarse cautelosamente, unos cuantos pájaros de la colonia respondieron con picotazos.

Asustado, retrocedió lleno de pena y desconsuelo. Después del ataque, sintió una vez más la cercanía de uno de aquellos pájaros malgeniados. Lucía un poco más grande y gris que los demás, y su nuca negra contrastaba con sus mejillas blancas. Lo rehuyó, por supuesto, pero el gaviotín le dijo que esperara.

—¿Qué haces aquí en esta playa tan solitaria?
No es lugar para pericos.

Zoe, aún con desconfianza, le contó de su desorientación y que nunca había estado en aquellos parajes.

—¿Ustedes quiénes son?

—Somos aves migratorias —le explicó el gaviotín—. Recorremos todo el planeta desde donde tenemos nuestros nidos, en el Ártico, hasta la Antártida, en la enigmática Tierra del Fuego. ¿La conoces?

—Caray —dijo Zoe—. Nunca había escuchado algo así.

—Claro, no puedes viajar lejos, y menos con esas alas. En cambio, viajar define nuestras vidas. Acumulamos miles y miles de kilómetros mientras respiramos. Nuestros ojos retratan prácticamente toda la circunferencia de la tierra con sus colores, temperaturas, montañas, mares y vientos.

—Eso es impresionante. Yo solo sé la geografía de mi árbol, pero eso sí, conozco cada rama, cada hoja verde, cada fruto que cae redondo de madurez hasta explotar en el suelo. Pero sabes, Tierra del Fuego suena interesante. Quiero conocer tu mundo.

—Eso es imposible. Ni tu pequeño cuerpo ni tus alitas cortas soportarían tanto vuelo.

—Yo creo que sí —dijo con seguridad Zoe—. Si tú puedes, yo también.

Justo en ese mismo momento Magnetita recordó a Zoe y se sintió apesadumbrada por su nuevo olvido. Acudió a buscarlo y escuchó a lo lejos aquella conversación. Ya era tarde. Supo que había llegado fuera de tiempo para regresar a Zoe a su árbol. Estuvo a punto de echarse a la pena por su error, pero al ver la decisión del ave de viajar con los gaviotines decidió regalarle al periquito la fuerza necesaria para emprender su aventura.

Aunque estaba sorprendido y no se lo podía creer, Eko, el gaviotín líder que le había hablado a Zoe, terminó por aceptarla dentro del viaje. De todos modos, la bandada ya había recorrido la mitad de la travesía hacia Tierra del Fuego, donde los días por esa época eran más largos y sería más fácil para

el perico hacer el recorrido. Igual, si no resistía, se podría quedar buscando un nuevo árbol en cualquier bosque del camino.

La bandada se dispuso a volar y Eko tomó uno de los puestos delanteros. En medio de la mirada desconfiada y descontenta de los otros pájaros, Zoe se resguardó en una de las orillas de la masa de aves, cerca de las más experimentadas.

Y entonces, voló. Moviendo las alas con más furia que los demás, pero sin rendirse.

Se hacía de noche cuando Eko le indicó a Zoe cómo analizar la posición de las estrellas y de la luna para orientarse y permanecer vigilante en medio del brillo cautivante de los astros.

En el sobrecogedor cielo iluminado de estrellas, y justo cuando comenzó a salir de los territorios que conocía, Zoe sintió una punzada en su corazón. Era el miedo y el dolor por dejar atrás su árbol de toda la vida. Pero ahora, mezclado

con un nuevo sentimiento: la ansiedad de la novedad de lo que encontraría y la inquietud de saber hasta dónde sería capaz de llegar.

Habían pasado varias horas y ya empezaba a amanecer. Sintió más cerca el sol, tal vez como nunca antes, tibiándole las alas. El mandato era seguir la ruta migratoria cerca de la línea de la costa para alimentarse de peces.

Ese era ahora su desafío: alimentarse de peces, cuando lo suyo eran las semillas y las frutas, o morir de hambre. ¿Qué hacer? A la hora del desayuno, Eko lo buscó entre las desordenadas filas de pájaros y le propuso ir de pesca para buscar alimento. Confundido, vio que ni su pico ni su estómago eran los indicados. Se llenó de angustia y no pudo pescar. Eko entendió lo que le sucedía y se dio a la tarea de conseguirle árboles con frutas y semillas cerca de la costa.

Aquel gesto de bondad los unió cada vez más y le demostró a su grupo el verdadero poder de un líder.

Después de la jornada, Eko terminó volando cerca de él. Ahora como su protegido, Zoe terminó aprendiendo los trucos de los mejores gaviotines sobre cómo leer las señas de los accidentes geográficos. Sintió entonces cómo su olfato y su gusto iban cambiando a lo largo del viaje. Ya no era el mismo periquito asustadizo de unos días atrás. Algo había cambiado en él. Por primera vez en el viaje se sintió uno con el paisaje y por un momento pensó que se había perdido de mucho al no salir de su árbol para ver que el mundo no tenía límites sino que era extenso, simple y conmovedor.

Ya habían pasado algunas semanas desde que Zoe dejó su hogar y Magnetita se sentía preocupada por las consecuencias de su olvido, pero quiso creer que la efectividad de su magia cubría todo el planeta y que el periquito estaría sano y salvo.

Sin embargo, las primeras señales de agotamiento de Zoe eran evidentes. Sus alas

parecían dos frágiles papeletas al viento y su cabeza un cuenco lleno de aire y pesadez. Una noche de fuerte aguacero las gotas de agua en la distancia sonaron amenazantes y el viento sopló más fuerte.

—¿Nos detendremos? —le preguntó Zoe a Eko, pero el experimentado pájaro le indicó que no era apropiado.

—Los grupos de pájaros, normalmente, viajan en medio de la lluvia siguiendo su dirección, le contestó el ave líder.

Guiado por Eko, a pesar de las circunstancias, Zoe se sintió seguro y continuó el vuelo. La lluvia arreció y sintió que el agua lo maltrataba con persistencia y que fragmentos de cielo derrumbaban por completo lo que quedaba de su fuerza y de su ánimo. Sintió que se desplomaba y que, como una mancha de tinta, se diluía en medio del agua.

Al abrir sus ojos finalmente, sintió cómo unas grandes alas lo cobijaban. Eran las de Eko, que una vez más, lleno de compasión, había descendido, lo había abrigado y con paciencia lo llevaba a un pequeño árbol cerca de una playa. Al volver en sí, la calidez de Eko lo trajo de regreso y, temblando aún por el agotamiento, le agradeció al gaviotín haber salvado su vida.

—Estamos a punto de llegar y no podemos perder más tiempo, necesitas reponerte y volver al aire, nuestro reloj biológico no da espera. Nuevas generaciones de nuestra especie dependen de nosotros —le dijo Eko.

Con una fuerza inquebrantable, el periquito se puso en pie y afirmó estar listo para retomar el vuelo.

Al llegar a la Tierra del Fuego, las aves daban volteretas de alegría y el grupo se sentía más fuerte y unido que nunca. Por días habían compartido juntos la hazaña de trazar la

circunferencia del planeta como si tuvieran lápices en sus alas y fueran capaces de dibujar una larga línea a lo largo de las latitudes.

Los gaviotines se sentían dueños de todo y de nada a la vez, viajeros sin más maleta que su valentía. Ahora, por fin en su meta, sobrevolaban una brillante costa que los esperaba llena de alimento y un mejor clima.

Zoe admiró el nuevo paisaje, olfateó el aire fresco y recorrió la costa llena de guijarros. Contrario a la indiferencia que había experimentado a lo largo del viaje por parte de los demás, ahora filas de pájaros se abrían ante él para felicitarlo. Los gaviotines no sabían cómo un pequeño perico había logrado volar junto a ellas y sobreponerse a tantas dificultades en el viaje.

Eko lo miró y sintió un orgullo casi paternal. Zoe lo había logrado. Era la primera vez que un ave residente se arriesgaba a ser migratoria. El abrazo de alas lo dijo todo: la

amistad, la solidaridad y la valentía cabían en sus pequeños cuerpos.

El periquito se sintió victorioso. Entonces sobrevoló un alto árbol que batía sus ramas de cara al viento. Se posó en él y al cerrar sus ojos recordó su hogar y al mismo tiempo entendió que el árbol que había dejado atrás no era su casa, que ahora el mundo era su hogar. Sintió la bella sensación de que en cada rama de cada árbol del planeta podía estar a salvo si así lo quería.

Cuentan que Magnetita quedó asombrada ante la valentía de aquel pájaro y le permitió vivir junto a la colonia de gaviotines una temporada en Tierra del Fuego, aunque de regreso el valiente periquito no quiso detenerse en el mismo lugar y decidió despedirse de Eko y de su bandada... Magnetita lo guio cerca de Brasil, hasta un árbol verde colmado de pericos de su misma especie, donde decidió quedarse a anidar.

